



IMPACTOS/ LOS ASPIRANTES A LA COMISIÓN TENDRÁN QUE TOMAR UNA IMPORTANTE DECISIÓN POLÍTICA SOBRE EL RITMO Y EL ALCANCE DE LA AGENDA VERDE. NO ESTÁ CLARO CÓMO SE CONFIGURARÁ LA AGENDA COMERCIAL CON EL PREVISIBLE GIRO A LA DERECHA, PERO SÍ QUE SE COMPLICARÁ.

Efectos económicos de las elecciones europeas

ANÁLISIS por Martin Sandbu

Ayer dio comienzo el extraordinario ejercicio de democracia plurinacional que supone la elección del Parlamento Europeo (PE). Desde 1979, los eurodiputados son elegidos directamente por los electores nacionales para mandatos de cinco años. La participación deja un poco que desear, pero es comparable a la de las elecciones de mitad de legislatura estadounidenses. Aunque sea la más débil de las grandes instituciones responsables de la toma de decisiones en la UE (siendo las otras la Comisión y el Consejo), el Parlamento importa. Importa para los cargos: el nuevo presidente de la Comisión y sus comisarios necesitan el respaldo de la mayoría de los diputados, y en el pasado han demostrado que pueden y están dispuestos a destituirlos. También es importante para las políticas, ya que las leyes deben ser aprobadas tanto por el PE como por los ministros nacionales reunidos en el Consejo.

El impacto más inmediato de las elecciones de esta semana sobre la dirección de Europa, por tanto, se producirá cuando el candidato de los líderes nacionales a próximo presidente de la Comisión presente una propuesta de programa de trabajo al nuevo Parlamento con la esperanza de obtener su respaldo. Los Verdes, los grandes ganadores de 2019, perderán muchos escaños. Las mayores victorias se prevén para los partidos de extrema derecha. ¿Cómo puede afectar este resultado a la dirección política de Europa en los próximos años?

Una respuesta es: menos de lo que se piensa. La extrema derecha está tan fragmentada que no consigue hacer valer su peso en el Parlamento, ni en términos de fijación de la agenda (lo que se relaciona con la obtención de puestos de liderazgo en las comisiones) ni de voto como bloque.

Creo que el impacto real sería indirecto. Los fuertes avances de la extrema derecha, especialmente si se envalentonan aún más al encontrar un alma gemela al otro lado del Atlántico en el caso de que Donald Trump regrese a la presidencia, muy probablemente forzarían ajustes en las posturas políticas de los otros partidos hacia las preferencias de la extrema derecha.

Eso podría ocurrir a nivel nacional (véase, por ejemplo, cómo los socialdemócratas daneses han superado a sus nativistas de derechas en materia de inmigración, y cómo el centro-derecha de Países Bajos ha acordado una plataforma de gobierno con la derecha populista de Geert Wilders). Esto se reflejará en las negociaciones entre los ministros nacionales en el

Consejo. Es probable que este cambio dentro de la corriente política dominante en la dirección de los ganadores electorales marginales se produzca también en el Parlamento Europeo. Al fin y al cabo, algo parecido ocurrió la última vez. De hecho, los Verdes, que obtuvieron un gran éxito electoral, no se unieron a la mayoría de Ursula von der Leyen, pero a pesar de ello su mandato estuvo marcado por el Pacto Verde, en gran parte porque los principales partidos absorbieron muchas de las prioridades de los Verdes después de ver hacia dónde soplaban los vientos electorales.

No siempre es evidente que la extrema derecha tenga una visión coherente de la política económica; sus partidos hacen más ruido en cuestiones culturales y sociales. Pero una vez que se haya asentado el polvo y el candidato a presidente de la Comisión venga a buscar el apoyo del Parlamento, he aquí las tres áreas de política económica que vigilaré:

1. ¿Hacia dónde va el Pacto Verde?

El Pacto Verde fue la política estrella de Von der Leyen para conseguir el apoyo de los eurodiputados en 2019, cuando las elecciones, recordemos, llegaron tras enormes manifestaciones juveniles contra el cambio climático. La idea era tratar el objetivo de las cero emisiones netas como vehículo para la transformación económica y la innovación tecnológica y, tras la guerra de Vladimir Putin contra Ucrania, para impulsar la industria interna y repatriar la producción. Esta campaña electoral ha demostrado que el Pacto Verde está bajo presión. A diferencia de la última vez, los manifestantes no son jóvenes enfurecidos por el futuro de su planeta, sino agricultores enfadados por las regulaciones de la agricultura ecológica. Cada vez son más los políticos de la corriente dominante, sobre todo de los partidos de centro-derecha, aunque no exclusivamente, que canalizan la preocupación de los votantes por que la política verde debería ceder más para facilitar el poder adquisitivo de empresas y consumidores.

Por lo tanto, los nuevos aspirantes a la Comisión tendrán que tomar una importante decisión política sobre el ritmo y el alcance de la agenda verde. No, en mi opinión, sobre la dirección: el objetivo de las cero emisiones netas ha llegado para quedarse, al igual que la aspiración a la independencia energética y, por tanto, a mucha más energía renovable. Pero hay que estar atentos a los compromisos, o a la falta de ellos, en aspectos como el endurecimiento del sistema de comercio de emisiones de carbono (para encarecer los permisos de emisión) o los “palos” regulatorios para obligar a consu-



La presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen.

midores y productores a cambiar de actividades más intensivas en carbono a otras menos intensivas. Espero un giro pronuclear en la política energética y una fuerte ralentización en la protección del medio ambiente que no guarde una relación evidente con la descarbonización.

2. La evolución del enfoque comercial europeo

Cualquier ajuste de la agenda verde también está vinculado al enfoque más amplio con respecto al comercio. Éste ya se había matizado mucho bajo la presión no sólo del compromiso político con la descarbonización, sino de consideraciones geopolíticas y del fin de la indiferencia por cómo se fabrican los bienes y servicios importados (en términos de derechos humanos, bienestar animal, respeto a la privacidad de los datos, etc.). Los primeros acuerdos clásicos de libre comercio han empezado a incluir cada vez más compromisos sobre estas cuestiones no comerciales. El principio mismo de la apertura comercial se ha contrapuesto cada vez más al riesgo geopolítico, especialmente tras el Covid y la guerra de Putin. Y los Estados miembros tradicionalmente más puristas del libre comercio también son partidarios de la descarbonización: Suecia, por ejemplo, está bastante satisfecha con un arancel fronterizo so-

bre el carbono que impide que la producción de acero verde se vea perjudicada por el acero sucio importado. Estas compensaciones siguen siendo objeto de debate, y los tradicionales instintos proteccionistas se justifican ahora a menudo en términos geoestratégicos.

Los partidos de extrema derecha no suelen ser grandes defensores del libre comercio; el instinto de construir fronteras más fuertes también cuenta en la economía. Sufren cierta confusión en su forma de ver a China: su nacionalismo debería prestarse a atacar a China, pero algunos admiran su modelo, y el líder húngaro Viktor Orbán ha demostrado los flujos de inversión que recompensan la amistad con Pekín. Al mismo tiempo, los partidos de la extrema derecha no son demasiado partidarios de las políticas paneuropeas necesarias para complementar una línea dura contra China, especialmente una política industrial activista común para construir industrias verdes punteras en casa (ni tampoco siempre de las propias industrias ecológicas).

Así pues, no está claro cómo se configurará la agenda comercial con el giro a la derecha, pero sí que se complicará. Habrá que estar atentos a las primeras señales sobre si la UE firmará finalmente el acuerdo comercial con el bloque sudamericano Mercosur (que lleva dos décadas ges-

tándose) o si buscará una mayor protección frente a las importaciones chinas de tecnología verde que la que Bruselas propondrá pocos días después de las elecciones. A más largo plazo, cabe esperar presiones para que la UE se ponga más a la defensiva y mire más hacia dentro, sobre todo si EEUU sigue su camino hacia una economía mucho más cerrada.

3. Presupuesto

La tercera cuestión económica en la que la distribución cambiante de las fuerzas políticas marcará la diferencia es en las próximas negociaciones presupuestarias de la UE. Comenzarán en serio el año que viene, con un presupuesto de siete años a partir de 2028. Está en juego cuánto gastar (y si está justificado repetir el fondo de recuperación de la pandemia), cómo financiar cualquier aumento y en qué gastarlo. ¿En defensa? ¿Política industrial digital o ecológica? ¿Infraestructuras? ¿Consideraciones sociales? ¿Qué hacer con las subvenciones agrícolas, que siguen acaparando alrededor de un tercio del presupuesto? También está la cuestión de si gastarlo en proyectos transfronterizos, como interconectores eléctricos, o en prioridades elegidas a nivel nacional, y qué condiciones imponer a las asignaciones presupuestarias de la UE.

El fortalecimiento de la extrema derecha en particular y de los partidos de derechas en general afectará a la fuerza relativa detrás de las prioridades alternativas. No cabe duda de que se prestará más atención a la defensa. Pero, ¿se reducirá el gasto agrícola y, si no, de dónde se sacará dinero adicional? ¿Y cómo abordará la extrema derecha la política industrial y de infraestructuras? En este sentido se debatirá entre diferentes instintos: el deseo de que se construyan carreteras, generadores de energía y fábricas, frente a la aversión al enfoque paneuropeo que exigiría ese gasto con cargo al presupuesto de la UE.

Estos son los ámbitos en los que, en mi opinión, las elecciones podrían cambiar el rumbo de la UE. Puede que no lo cambie mucho: los partidos de extrema derecha se enfrentan al singular dilema de que las soluciones políticas que les gustan son difíciles de conseguir sin utilizar las herramientas políticas paneuropeas que les disgustan; al fin y al cabo, así es como se convierte la representación en una institución de la UE en efectos sobre el terreno. Y, grande o pequeño, cualquier impacto en la dirección política significa que los cambios en las preferencias de los votantes marcan la diferencia. Nos guste o no el cambio, la democracia funciona. Así que a los lectores que tienen derecho a votar en las elecciones europeas, les digo: por favor, hagan uso de él.